

Animación sociocultural para la ciudad y la reconstrucción social

Vanessa Figueroa*

Resumen

Este artículo destaca la potencialidad y la funcionalidad del espacio público como albergue de la animación sociocultural (ASC), por ende, la participación ciudadana y la construcción de tejido social. Se centra en la importancia de la animación sociocultural no solo como dinamizador del espacio público, sino como herramienta para acercarnos a la democracia cultural para la reconstrucción del tejido social, la transformación de la realidad y el desarrollo social.

En primer lugar, se detallan varias definiciones de “animación sociocultural” –en especial de la escuela europea–, además de los principales objetivos, tres concepciones teóricas y experiencias en países europeos y latinoamericanos. En segundo lugar, se hablará de la importancia de la animación sociocultural para vitalizar nuestras ciudades anegadas en los conflictos sociales. Finalmente, se hace un recuento de sencillas ideas creativas que pudieran generar transformaciones colectivas.

Palabras clave:

espacio público, globalización, tejido social, animación sociocultural, participación, violencia urbana, prevención de la violencia, enfoque de género.

* Jefe del Departamento de Organización del Espacio, Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA).

Introducción

“¿Qué es hoy el centro de nuestras ciudades sino un humeante y ensordecedor amasijo de edificios administrativos, bancos, oficinas, aparcamientos, coches, almacenes? ¿Dónde se fue el corazón que, con su sístole y diástole, ritmaba la vida colectiva? La incomunicación nos encapucha, corta los hilos de la simpatía, de la solidaridad, de los espontáneos contactos confiados” (Antonio Gala).

Si se analiza psíquicamente al individuo en nuestro contexto urbano, encontramos que padece de innumerables trastornos nerviosos, expresados en depresión, soledad, angustia, ansiedad, sobre todo agresividad; y que descarga esta energía contra otros individuos, deteriorando la convivencia y el espacio físico.

En esta crisis psicopatológica de la vida urbana, se puede considerar a la ASC como una forma de medicina preventiva y correctiva del desarraigo y la violencia de las ciudades. Además, es importante recordar que la recreación, la existencia y buen uso del tiempo libre debe ser reconocido como una necesidad del ser humano, por lo tanto, un derecho individual y social, y con un alto potencial educativo.

La recuperación de la vida pública y la reconstrucción del tejido social no pretenden ser el arma exclusiva que ataque la violencia estructural. Sin embargo, los resultados que se pueden obtener de la ASC a largo plazo pueden dar pauta a otros procesos estructurales, transformar el pensamiento colectivo en busca del propio desarrollo.

La Agenda 21 de la Cultura, en el 2009, situó la cultura en el centro de las estrategias urbanas, tanto por su vocación esencial para promover los derechos humanos, modelar la sociedad del conocimiento y mejorar la calidad de vida de todas las personas, como por su contribución a la creación de empleo, la regeneración urbana o la inclusión social. Los escenarios privilegiados para la realiza-

ción cultural, según esta concepción, son las ciudades y los espacios locales, los cuales constituyen ámbitos para la diversidad creativa, donde la perspectiva del encuentro de las diferencias haga posible el desarrollo humano integral y colectivo.

También, se destaca la forma en que la cultura puede contribuir a la cohesión social ante los procesos de profundización de las desigualdades económicas y tensiones de convivencia social.

1. Animación sociocultural

El término animación viene del griego *anima* y del latín *animus*, que significa “cambio, ayuda, crecimiento, accionar el pensamiento, dar vida, actuar”. Implica “actuar sobre algo”, “actuar en sociedad”, una relación con el medio en que se desarrolla, directamente relacionada con su entorno físico y la comunidad. El animador debe tener la capacidad de favorecer el sentimiento de pertenencia y el conocimiento del entorno social y físico, para que cada miembro de una comunidad no solo sea receptor, sino transformador de su propia realidad de manera colectiva.

El tema de la animación sociocultural se discutió por primera vez en la conferencia de la UNESCO, en Mondesee (Austria) en 1950, como respuesta a la desamparada situación del hombre postindustrial. Está relacionada con la educación no formal y tiene como objetivo central establecer relaciones entre individuos mediante mecanismos que potencien y promuevan los valores como el pluralismo, la concientización, la libertad, la democracia y la participación (Ander Egg, 1985).

Desde entonces, han existido varios intentos de universalizar el término de animación sociocultural (ASC); por ejemplo, para teóricos como Toni Puig Picart, la ASC es “un método de intervención territorial que desde la cultura facilita, a las personas con deseos y necesidades no satisfechos, la posibilidad de reunirse en grupos para iniciar un proceso

conjunto, marcarse aquellos objetivos que les apetece y conseguirlos” (Puig Picart, 1988). Para Ander-Egg (1981), es “una tecnología social que, basada en una pedagogía participativa, tiene por finalidad actuar en diferentes ámbitos de la calidad de vida, promoviendo, alentando y canalizando la participación de la gente en su propio desarrollo sociocultural”.

Finalmente, se considera la definición más universalizada de la UNESCO: “La Animación Sociocultural es el conjunto de prácticas sociales que tienen por finalidad estimular la iniciativa y la participación de las comunidades en el proceso de su propio desarrollo y en la dinámica global de la vida sociopolítica en que están integradas”.

Tabla 1. Características de la ASC

Toma parte en la vida comunitaria y produce cambios dentro del tejido social.
Es una práctica social crítica para mejorar la calidad de vida.
Prioriza la iniciativa de los grupos.
Prioriza los métodos activos, creativos y dinámicos.
Prioriza los procesos sostenibles e integrales sobre las iniciativas aisladas.
Es un instrumento para la prevención de la violencia.
Dinamiza la ocupación de los espacios públicos.
Apoya procesos para la resolución pacífica de los conflictos.
Prioriza las iniciativas de transformación colectiva de la realidad.
Requiere de agentes motivadores externos (públicos y privados).

Fuente: Elaboración propia, 2010.

2. De los objetivos de la ASC

El objetivo principal de la ASC es lograr la participación del individuo consciente de la realidad en la que se encuentra y a la cual desea transformar. En esta acción, se espera el involucramiento de todos los sectores de la sociedad a nivel comunitario. Si bien el objetivo de la ASC no es ocupar el espacio público, sino la participación comunitaria para la transformación de la realidad, el espacio físico es fundamental para la consecución del objetivo. Esto nos lleva a pensar en la integralidad del espacio público como el “lugar de la ASC”, el cual va adquiriendo importancia en nuestras ciudades fragmentadas que han abandonado la vida pública debido, principalmente, al aislamiento de los medios de comunicación de masas y se encuentran en emergencia por la inseguridad. Con esta fórmula, los espacios vitales de la ciudad se convierten en un ente activo, dinamizador y reestructurador de los fragmentos de la ciudad,

los cuales están cargados de oportunidades, sobre todo en las aglomeraciones urbanas donde la vida comunitaria es más activa.

Además, con esta facultad, el espacio público es capaz de educar, transmitir vitalidad de manera igualitaria e incluyente, acercar y promover la confianza entre élites y masas. Desestigmatizar espacios urbanos, armonizar el encuentro de los fragmentos de la ciudad, hacia el objetivo principal de conseguir una democracia cultural donde cada uno de los individuos de la sociedad pueda informarse de la realidad, situarse, tomar posición, movilizarse, organizarse, acceder a la cultura y participar activamente para transformarla.

3. Concepciones de la ASC

Por tanto, con el arte y la cultura, el espacio público tiene la capacidad de ser agente de transformación del pensamiento colectivo, pero también, de mantenimiento

del orden. Según esto, se describen tres concepciones teóricas de la ASC que pueden ser adaptadas a diferentes realidades, dependiendo de la visión de país que se quiere tener.

En primer lugar, la concepción conservadora mantiene un sistema de valores tradicionales que amortiguan sus contradicciones independientemente de la ideología que sea. Pretende conservar la sociedad tal como es; el sistema de ASC que se desarrolla es, naturalmente, estructurado, jerarquizado, organizado. En las sociedades capitalistas, esto se refiere a la cultura de élite, a continuar con los patrones culturales definidos por el mercado global y al acceso parcializado de las manifestaciones artísticas. Por ejemplo, las élites asisten a los museos, teatros, óperas; en fin, consumen arte en espacios excluyentes a las masas.

En segundo lugar, está la concepción modernizadora, que significa participar de los beneficios de la élite cultural, promover el consumo de productos culturales y promover a las élites creadoras de cultura, pero sin ser partícipes. En esta concepción, se destacan los promotores artísticos, se acercan los festivales folclóricos, teatro, danza contemporánea, en espacios públicos abiertos sin lograr mayor impacto en la realidad. Se práctica y se consume el arte como fin individual.

La concepción transformadora en la que nos concentraremos habla de la ASC como un instrumento para lograr la democracia cultural, buscar un proceso que estimule la creación y que ofrezca a cada individuo la posibilidad de ir ampliando su protagonismo en su propio desarrollo cultural y social en el contexto de la participación conjunta, transformación de pensamiento colectivo a través de realizaciones comunes (Ander-Egg, 1985).

Se trata de que las personas en una comunidad sean capaces de expresar, producir cultura, reflexionar en común, discutir en común para crear en común. No solo es necesario el “saber hacer” o “saber ser”; además,

es preciso “saberse y reconocerse” como un protagonista de la historia.

4. Tipos de ASC

La multiplicidad de la animación sociocultural se clasifica según contenidos

- 1) artísticos: teatro, cine, música, pintura, escultura, instalaciones artísticas, arte urbano, grafitis, entre otros;
- 2) intelectuales: conferencias, estudios, mesas redondas, libros, foros;
- 3) sociales: fiestas, reuniones, promoción de asociaciones;
- 4) de prácticas como el bricolaje;
- 5) físicos: deportes, naturismo, paseos, gimnasias;
- 6) productivos: huertos urbanos, bisutería, artesanías.

Estas son algunas formas de expresión que están abiertas a la creatividad colectiva.

5. Animación sociocultural en Europa y Latinoamérica

Con el simposio de Rotterdam en 1970, el Consejo de Europa da inicio al primer proyecto de ASC y la posibilidad de orientar las políticas culturales que estimulen la democracia cultural. Desde entonces, la ASC se difundió por toda Europa, experimentando formas de participación en la vida cultural y en los escenarios públicos de las ciudades, logrando mantener el acervo cultural que ha caracterizado a las ciudades europeas y se ha vuelto parte de la cotidianeidad.

En Europa, existe un cúmulo de experiencias exitosas, más ligadas a la educación popular en los espacios públicos tales como: “Polonia con acento español”, proyecto

lingüístico y cultural; “Taller de dramatización para enseñar”, en Valencia; la “Risoterapia”, en Barcelona; “Tutti i Pazzi in Piazza” –Los locos de la calle–, en Italia; animación en los campos de refugiados en los Balcanes. Además, en Francia, se ha homologado la carrera de Animación Sociocultural; Polonia, España e Italia también han tenido buenos resultados, cuentan con varios colectivos de animadores y escuelas de formación de animadores, maestrías y especializaciones para educadores sociales en universidades reconocidas.

Por el contrario, en la mayoría de países de América Latina, la ASC no ha sido tema de las agendas nacionales; es en la última década cuando países como México, Colombia, Argentina, Brasil, entre otros, frente a la preocupación del avance de la cultura de la información y el consumo, el abandono de la vida pública, el sostenimiento de una ciudad dual y el abandono de las culturas étnicas, promueven alternativas culturales para la ciudad. Se ha comprobado, en estas experiencias, que la ASC desempeña un papel fundamental no solo en la reestructuración monolítica de la sociedad, sino también en la construcción social del espacio público.

6. Animación sociocultural, vital para la ciudad

En América Latina, más del 70 % de la población vive en centros urbanos. Estos números tenderán a crecer en los próximos años, sobre todo en las ciudades pequeñas y las de escala intermedia. Los grupos que han ido migrando a las urbes experimentan drásticas transformaciones de sus tradiciones, se enfrentan a escenarios multiétnicos y multiculturales. A esto se suman las fuerzas globales que caracterizan a la ciudad contemporánea, haciendo los procesos de adaptabilidad más complejos.

En las últimas décadas, la globalización estableció nuevas necesidades que respondieron a organizaciones espaciales, pero no solo eso, las

ciudades modernas se han convertido principalmente en centro de operaciones, en lugar estratégico que concentra funciones de comando; son mercados transnacionales, flujos y sitios de producción postindustrial financieras y servicios especializados (Navia & Zimmerman, 2003). Más que un fenómeno físico, son industrias culturales de la expresividad, el consumo y la información, donde lo más importante es la ganancia en la velocidad de información en el espacio virtual y de circulación motorizada en la ciudad, es decir, estar bien conectados.

7. Los problemas del espacio público

Vivimos en un reino de entretenimientos masivos, espectáculos, simulacros, juegos electrónicos, parques temáticos, centros comerciales y galerías de consumismo. Vivimos también en un reino de revistas de calumnias y fotografías de escándalos, un reino de chismes, pleitos legales, conferencias para producir discursos y análisis, simposios para discutir y articular el quehacer de la posmodernidad y congresos que reúnen a tantas mentes brillantes, a tantas cabezas hablantes, esto es nuestro mundo, nuestra ciudad (Navia & Zimmerman, 2003).

Teóricamente, el espacio público es donde se dan las relaciones entre los ciudadanos, considerando que nadie es autosuficiente, que el hombre es siempre un semejante y la existencia es siempre una convivencia. Habermas (2001) reinterpretó a Kant refiriéndose al espacio público como el espacio de la colectividad, la esfera social específica y, de manera ideal, un lugar de debate donde todos los ciudadanos pueden desarrollar y ejercer su voluntad política en igualdad de condiciones.

Bajo tal premisa, se abre un abanico de posibilidades de utilización del espacio público, no solo del espacio político intangible, sino como el lugar dinámico, vital y dialéctico, construido por la colectividad, afectado por las dimensiones sociales, políticas, ambientales, económicas –entre otras– de manera simultánea.